

Naturalmente, esta época de crítica, de lucha intelectual y sobre todo —lo realzo— de retorno a lo exterior, es resultado:

«De la conciencia que había invadido todos los centros capaces de tenerla, de que había fracasado en absoluto el sistema de teocracia casera, que libérrima y espontáneamente, entiéndase bien, habían tomado para sí los españoles durante el siglo XVI»<sup>42</sup>.

Feijoo es el adalid. Castro lo subraya, y aun admitiendo que algunos espíritus selectos le habían preluado (y en esto don Américo indica un camino de investigación, el de los «novatores», seguido años más tarde por Maravall, Mestre y López entre otros), no duda en señalar el agotamiento y la nadería que imperaba en la cultura española de 1700, porque como escribirá en *El Sol* en 1933 analizando la cuestión religiosa:

«A fines del siglo XVIII, España es una absoluta teocracia, dominadora de una plebe infeliz»<sup>43</sup>.

Sin embargo, el análisis de don Américo va más allá. El carácter científico y moderno que impulsa el benedictino le recuerda otro ámbito cultural con el que se siente profundamente ligado (*El pensamiento de Cervantes* despejaría unos meses después cualquier duda): el erasmismo renacentista. Si Feijoo arremete contra supersticiones, ignorancias y fanatismos, investigando la verdad y divulgándola,

«Durante el primer tercio del siglo XVI un grupo de españoles de *mente y sensibilidad selectas*, intentaron traernos las novedades de la cultura. Fundamentalmente eran lectores de Erasmo, y la divina curiosidad del Renacimiento que rebosaba en las obras del gran holandés empezaba a hacerse notar en nuestra cultura»<sup>44</sup>.

de ahí que al leer los discursos y cartas del benedictino tenga la impresión:

«De volver a situarse en el punto donde quedó interrumpida la obra del erasmismo en el siglo XVI»<sup>45</sup>.

Y aquí también la justificación de una de las «ideas fuerza» del primer Américo Castro: la Ilustración, en este caso Feijoo, es un puente hacia el humanismo. Dicho en un lenguaje más cercano a los recientes estudios sobre el Siglo de las Luces: los ilustrados son unos nuevos humanistas. La lezna para coser dos retazos de la historia intelectual española es el estoicismo:

«En 1726 sale el primer tomo del *Teatro Crítico*, y su primer artículo es el titulado *Voz del pueblo*: el pueblo y sus anchas tragaderas, “voilà l’ennemi”. Ese es el tema de toda la filosofía moral del Renacimiento, salido derechamente del estoicismo. “Argumentum pessimi, turba est”. —decía Séneca—; “por ningún camino se va más aína al error y al despeñadero que por las pisadas del vulgo” —repetía Petrarca en su versión española—; “la verdad es que el juicio común de la gente nunca jamás fue ni es regla más cierta ni más derecha para regirse hombre

<sup>42</sup> A. CASTRO: «Algunos aspectos del siglo XVIII», *Españoles al margen*, ob. cit.; pág. 51.

<sup>43</sup> A. CASTRO: «La cuestión religiosa en España» (*El Sol*, 13-VIII-1933). No recogido posteriormente.

<sup>44</sup> A. CASTRO: «Algunos aspectos del siglo XVIII», *Españoles al margen*, ob. cit.; pág. 52. El subrayado es nuestro y revela unos matices muy determinantes de unas señas de identidad.

<sup>45</sup> A. CASTRO: «Algunos aspectos del siglo XVIII», *Españoles al margen*, ob. cit.; pág. 53.

por ella" —clamaba Erasmo. Y Feijoo comienza por estas palabras: "Aquella mal entendida máxima de que Dios se explica en la voz del pueblo, autorizó a la plebe para tiranizar el buen juicio, y erigió una potestad tribunicia, capaz de oprimir la nobleza literaria"»<sup>46</sup>.

Queda, pues, claro, dónde empieza una trayectoria regeneracionista que Castro asume como suya. Si Feijoo creía —la expresión es de nuevo de don Américo— que hay que pedagogizar, el autor de *El pensamiento de Cervantes* se aplica a ello con ilustres mentores —Erasmo el primero— y el resultado es su estricta labor filológica y de historia literaria («hacer precisión» que decía Ortega), pero también su cotidiano quehacer en pro de una pedagogía y una enseñanza más acorde con el humanismo y con el signo de los tiempos. No en balde se preguntaba en el año 1929 si el ideal erasmiano —a lo pedagógico aludían sus reflexiones— se había cumplido:

«¿Mas está logrado en todas partes el ideal erasmiano de hace más de cuatrocientos años, en cuanto a la discreción de las enseñanzas, a la relación entrañable de maestro y discípulos, a la alegría y sanidad que debe integrar la atmósfera en que la juventud se desarrolla?»<sup>47</sup>.

Y así, entre los múltiples quehaceres pedagógicos que Castro acometió, impulsó o propagó desde la tribuna de papel, llama poderosamente la atención la continua presencia del tema de la enseñanza de las lenguas modernas (¡algo había dicho Feijoo en su tiempo!). El regeneracionismo de Castro quiere ser tan poco abstracto como permitan las circunstancias —el modelo dieciochesco conviene de nuevo— y en su propósito de rectificar la conducta de la España del siglo XIX, en el orden de la cultura pública, de la higiene o de la vida política, apela al adiestramiento de los jóvenes universitarios en las lenguas modernas. En 1925 refiere, por vez primera, sus intentos:

«Durante doce años he estado laborando, sin demasiado ruido, para que la Universidad de Madrid posea enseñanzas de lenguas modernas. El que en la Universidad de Madrid no se enseñe ni francés, ni inglés, ni alemán es algo tan inconcebible que desde que entré en mi facultad (1913) me propuse como meta el establecimiento de tales enseñanzas»<sup>48</sup>.

Y en 1928, y ante la reforma de la Universidad de Madrid y la construcción de la «Ciudad Universitaria» se pregunta si todo va a quedar en una grandiosa modificación arquitectónica o se van a reformar aspectos tocantes a la estructura misma de la Universidad, y ante el recelo de no ver formulado el programa de los derribos y reconstrucciones mentales, escribe:

«¿Por qué la Universidad española es la única en el mundo que no posee estudios oficiales, dignamente estructurados, de las lenguas y las civilizaciones modernas, disciplinas que cada vez ocupan más la atención de los pueblos cultos y cuya falta en nuestro país es una de las mayores vergüenzas que tiene que sufrir el obligado a confesar en el extranjero que en España no hay modo de hacerse doctor a base de francés, inglés, alemán, italiano, catalán, portugués, etc.»<sup>49</sup>.

<sup>46</sup> A. CASTRO: «Algunos aspectos del siglo XVIII». *Españoles al margen*, ob. cit.; pág. 56.

<sup>47</sup> A. CASTRO: «Pedagogía erasmiana» (Excelsior, IV-1929). *De la España que aún no conocía*, t. II, ob. cit.; pág. 130.

<sup>48</sup> A. CASTRO: «Las polémicas sobre España» (*La Nación*, 26-II-1925). *De la España que aún no conocía*, t. II, ob. cit.; pág. 138.

<sup>49</sup> A. CASTRO: «La Ciudad Universitaria» (*El Sol*, 6-I-1928). *De la España que aún no conocía*, t. II, ob. cit.; pág. 155.

Tal reorganización se llevaría a cabo durante el ministerio republicano de Fernando de los Ríos y por ella se crearon licenciaturas en lenguas y literaturas modernas. Precisamente de los cursos de literatura francesa fue encargado don Américo junto con Manuel García Morente, pero esto es ya capítulo de otra historia, capítulo de realizaciones, algunas muy brillantes, coincidiendo con los primeros meses republicanos.

Volviendo a lo anterior, hay que señalar que don Américo, en su afán por encontrar una tradición intelectual española que diera solvencia histórica a su patria, se detiene en otra gran figura del XVIII, Jovellanos. A su estudio dedica un excepcional artículo aparecido en *El Sol* en el verano de 1933. En él, partiendo de la dialéctica masa-minoría presente —en su opinión— a lo largo de la historia moderna desde el siglo XVI y que «en el momento presente cuenta con esforzados agonistas», indica que existe una minoritaria tradición de intelectuales que han mantenido siempre un perenne descontento y que forma parte de una hispanidad discrepante. A ella pertenece Jovellanos y a ella aspira a pertenecer el propio Castro:

«Jovellanos es una manifestación suprema de lo que pudiera llamarse el “jovellanismo” esencial de nuestra historia»<sup>50</sup>.

Jovellanismo que significa continuo criticismo y perenne descontento frente a la España contemporánea y querencia por fraguar otra España con distinta compostura y sensibilidad. Jovellanismo es voluntad de edificar una patria posible.

La invocación que don Américo hace de la personalidad de Jovellanos tiene una motivación doble: lo escasamente abstracto de sus programas regeneradores y la proximidad de sus reflexiones al momento histórico contemporáneo. Según Jovellanos, hay que «acomodar siempre las reformas al estado particular del país y al momento de su evolución, al “eslabón” histórico en que se halla»<sup>51</sup>, es decir, modificar en forma eficaz, desde efectivos intereses, la vida social. Así, a Castro le parece jovellanismo la tarea de Giner o idea jovellanista la «Junta para Ampliación de estudios»:

«Cuando en este siglo se pensó en rejuvenecer la enseñanza superior en España, un hombre parangonable en magnitud espiritual a Jovellanos, don Francisco Giner de los Ríos, emprendió el mismo rumbo, tal vez afectado por las ideas del gran asturiano, y sólo por severa exigencia de la realidad»<sup>52</sup>.

Y así también un ideario, unas reflexiones, le resultan cercanas; cercanas le parecen sus reflexiones sobre la agricultura, la educación o el papel de la mujer en la sociedad. Jovellanos, con mesura en los modos, con intentos razonados siempre, aparece en la óptica de Castro como paradigma en el que deben mirarse los jovellanistas de la joven república, además de sentirse, personalmente, vinculado a esta corriente de pensamiento:

<sup>50</sup> A. CASTRO: «Jovellanos (*El Sol*, 21-VII-1933). *De la España que aún no conocía*, t. II, *ob. cit.*; pág. 204.

<sup>51</sup> J. MARICHAL: «La originalidad histórica de Jovellanos», *La voluntad de estilo*. Madrid, «Revista de Occidente», 1971; pág. 168.

<sup>52</sup> A. CASTRO: «Jovellanos», *ob. cit.*; pág. 209.

«Su visión honda de España —la vida agraria, la educación, la actitud crítica respecto del pasado, su concepto tan original de la enseñanza secundaria, en la que las humanidades modernas, a base de francés o inglés, pueden reemplazar a la cultura clásica—; las ideas feministas, basadas en lo que la mujer significa como animación y estímulo de las actividades del hombre; todo esto y mucho más justificaría que Jovellanos fuese leído y no ignorado modernamente»<sup>53</sup>.

Esta es la aportación más singular que Castro hace al regeneracionismo del 14. Una trayectoria y unas señas de identidad, visiblemente preocupadas por la pedagogía, que se inician en el XVIII y que desembocan en los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, en especial de don Francisco Giner y en don Manuel B. Cossío. Si de los ilustrados le fascinó su moverse en lo concreto, en los efectivos resortes que modifican la vida social (y su interés fue compartido por los estadistas del primer bienio republicano: piénsese cuánto plan o informe carta detallado por Olavide, Jovellanos o Cabarrús, a lo lejos, enmarcando alguna de las reformas republicanas), a la Institución se sintió pertenecer porque en ella veía el empeño de sintetizar modernidad, europeísmo y liberalismo espiritual con la verdadera tradición, la que en el subterráneo opera en la historia y confiere singularidad a un pueblo. No resulta vano, concluyendo, recordar algo que ha contado recientemente el profesor Marichal: «En el estudio de su casa, de Princeton, sobre la mesa de trabajo, en la pared, el retrato de Giner, tenía, a manera de orla, una cinta tricolor republicana: don Américo había querido así mantener visiblemente unidos los dos símbolos que habían orientado su vida en España hasta 1936»<sup>54</sup>.

### III

En las viejas retóricas se dice que la última parte de un escrito debe más que proponer novedades, asegurar el efecto de lo dicho hasta entonces. En ello estamos. Hasta aquí he tratado de poner de relieve las concomitancias de la personalidad de don Américo Castro con las de otros intelectuales del 14, a la vez que establecía unas breves notas singularizadoras de su peculiar posición intelectual en los años 10 y 20. Todo ello, no obstante, quedaría incompleto si no aludiese —la brevedad será el lema— a la circunstancia de la República Española y a la tarea de don Américo en dicho período, tema que, desde luego, merecería un tratamiento más extenso y adecuado.

Es hecho reconocido que en los acontecimientos que desembocan en el cambio de régimen del 14 de abril de 1931 tienen participación activa los hombres del 14, que después adoptaron posturas de mayor o menor compromiso con la República (Azaña y Ortega pueden ser ejemplares botones de muestra). Entre los eslabones que, desde el mundo intelectual, preparan el advenimiento de la República tiene especial relevancia —desde la óptica de nuestro estudio— el viaje de unos cuantos intelectuales castellanos a Cataluña en marzo de 1930, por lo que supone de cortesía, confraternización y nuevos proyectos —algunos políticos y republicanos—. Viajaron a Barcelo-

<sup>53</sup> A. CASTRO: «Jovellanos», *ob. cit.*; pág. 210.

<sup>54</sup> J. MARICHAL: «Américo Castro y la Institución» (*ABC*, 4-V-1985).